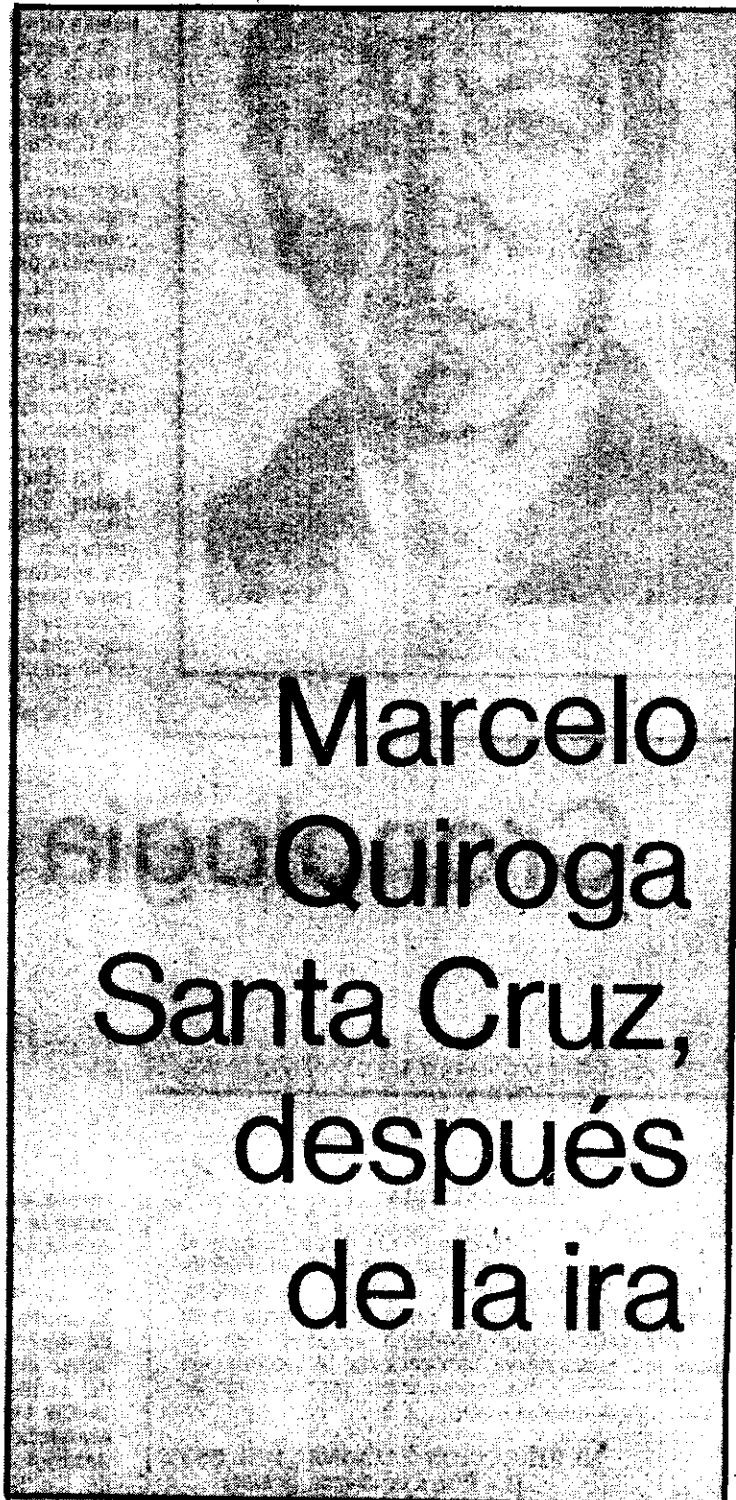


Dibujo de Marta Ventura



Marcelo Quiroga Santa Cruz, después de la ira

La brujería,
entre la charlatanería
y el mito

- Alberto BELTRAN
- Víctor MAGDALENO

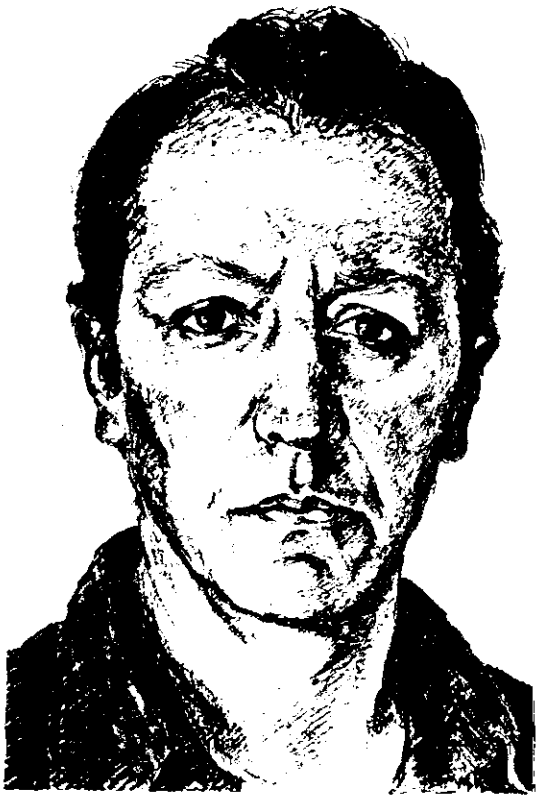
Una tecnología
para el diablo

- René BASCOPE ASPIAZA
- Rafael MENJIVAR OCHOA



Después de la ira

Jorge MANSILLA T.



Este 13 de marzo, Marcelo Quiroga Santa Cruz habría cumplido 50 años de vida.

Lo mataron a balazos hace 8 meses en La Paz, Bolivia. Fueron los mercenarios que reclutó Barrientos Ortuño en 1965, los forajidos que adiestró Banzer Suárez en 1971, los hamponcetes que hoy son gobierno con García Meza.

Como jamás pudieron alcanzarlo en la diáfana dimensión de su palabra, se dieron a esperarlo en la emboscada, en la injuria y la venganza, tristes y crónicos recursos de los olañetas, carrascos y diezmedinas para embarrar el paso de la Patria.

Contra su cuerpo inerte, bandera desplegada al día, dispararon los que estaban rastrillando su paradero desde hacía 15 años.

La Embajada de Estados Unidos, el Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas y el Palacio quemado descargaron contra Quiroga Santa Cruz toda su maldad y cobardía de que son capaces los que nacen con la moral al revés.

En abril de 1965 acordaron truncar su vida por las malas. En septiembre de 1968 le despojaron de su fuero parlamentario y le confinaron a una selva inhóspita. Lo llevaron después a la cárcel de La Paz. En septiembre de 1971 llamaron a un sorteo secreto para decidir qué militar iba a asesinarlo; no hubo necesidad de echar suerte porque dos rencorosos engalonados se ofrecieron voluntariamente para ese torvo menester. En diciembre del 77 apuntaron contra

él para evitar que la victoria de cuatro mujeres mineras alzadas en huelga de hambre contra el despotismo de Banzer. En noviembre del 79 pusieron precio público a su cabeza porque fue el único diputado que de pie y en voz alta combatió la sangrienta aventura de Natusch Busch. En junio del 80 salvó de morir cuando 3 bombas estallaron sobre su palabra en un mitin electoral.

Ya era mucho, ciertamente. En julio del año pasado, Quiroga Santa Cruz dio la cara a sus asesinos programados. Roedores de la bandera conquistada con tanta sangre y tanto pueblo, no dudaron en matarlo en el local de la Central Obrera Boliviana.

Tan Martí como el de Cuba, tan Mariátegui como Los Andes, tan América como el Che, Marcelo Quiroga Santa Cruz pagó su culpa de haber nacido demasiado pronto en un país demasiado joven.

Su nombre pasa a ser bandera, como decir petróleo, estaño, madera. Su conducta pasa a ser desvelo, como liberación y como pueblo. Su proyección no tiene abismo, como poesía y socialismo.

La memoria boliviana lo aguarda orgullosamente en estos dos planos: ministro de la dignidad antiimperialista y combatiente, fusil en mano, en la escarpada suerte del cerro Laykocota.

Cayó con el latido intacto. Ahora es nuestra su entrega generosa al cruzar a galope por la historia. Inauguró un tiempo luminoso con la espada de luz de su palabra. ■

Cronología

de una infamia

LA DENUNCIA

“El Partido Socialista Uno (Ps-1) denuncia ante el pueblo de Bolivia y la opinión democrática internacional, un plan para asesinar a su Primer Secretario, compañero Marcelo Quiroga Santa Cruz. Cursa en su poder una información fidedigna originada en los mismos sectores que ya han resuelto la victimación de Quiroga Santa Cruz, como parte preparatoria de una conspiración sangrienta”.

LA DIRECCION NACIONAL DEL PS-1
(La Paz, 1 de marzo de 1980)

LA SENTENCIA

“Advierto por última vez que las Fuerzas Armadas de la Nación no permitirán un ataque más a cualquiera de sus miembros o a la propia institución tutelar de la patria, y los que reiteren en sus insultos se atenderán a sus graves consecuencias. No se puede tolerar más esos ataques, esos insultos a las Fuerzas Armadas, como es el caso de Marcelo Quiroga Santa Cruz, que sin saber nada, se ocupa de la vida económica y organizativa de la institución, armadas. A ese señor, las Fuerzas Armadas sabrán ponerle en su lugar, y yo como hombre”

GRAL LUIS GARCIA MEZA
(Cochabamba, 22 de junio de 1980)

LA RESPUESTA

“Invito al general García Meza a debatir pública-

mente, por el medio de comunicación que él prefiera, sobre la vida organizativa y económica de las Fuerzas Armadas, como un modo de probar cuál de los dos conoce más de ellas. Toda institución nacional, incluidas las Fuerzas Armadas y la Iglesia, están sujetas a la crítica o elogio que su conducta merezca. En uso de un derecho constitucional y en cumplimiento de un deber ciudadano irrenunciable, seguiré ocupándome del análisis de la conducción de las Fuerzas Armadas, tantas veces como juzgue necesario. En cuanto a la amenaza de agresión física que, con propósitos intimidatorios, formula el general García Meza, por cuenta de las Fuerzas Armadas y en nombre suyo, debo aclarar que, si bien no ignoro la demostrada peligrosidad de la misma, estoy, como siempre, resuelto a defender mi honra, mi vida y la de los míos.”

MARCELO QUIROGA SANTA CRUZ
(La Paz, 23 de junio de 1980)

EL CRIMEN

“El Primer Secretario del Partido Socialista Uno, Marcelo Quiroga Santa Cruz, murió durante la ocupación de la sede de la Central Obrera Boliviana, ocurrida al mediodía del pasado jueves 17 de junio. Según informes oficiales, Quiroga Santa Cruz murió en combate”

DIARIO “PRESENCIA”
(La Paz, 23 de julio de 1980)

LA VERDAD

“Quiroga Santa Cruz no murió en combate, como asegura el gobierno, sino que su asesinato fue premeditado. . . A pesar de las gestiones hechas por la familia y diversas instituciones, las autoridades militares se niegan a entregar sus restos. ¡Todo un poder del Estado, respaldado por tanques y metralletas, le teme a un muerto!”

CRISTINA DE QUIROGA SANTA CRUZ
(La Paz, 21 de julio de 1980)

EL CINISMO

“Cursa en mi poder, su nota No. 291/80 del 27 de agosto pasado, en la cual me transcribe la carta enviada a la Cruz Roja Boliviana, (por) la señora Nora Quiroga Santa Cruz. Al respecto, lamento tener que informarle que este ministerio no puede absolver su requerimiento, puesto que con anterioridad el Gobierno había anunciado a la prensa que no pudo dar con el paradero del cadáver del señor Marcelo Quiroga Santa Cruz. Sintiendo no poder proporcionarle ninguna información al respecto, saludo a usted con especial consideración”.

CORONEL LUIS ARCE GOMEZ
MINISTRO DEL INTERIOR
(La Paz, 2 de septiembre de 1980) ■

ACLARACION:

Por un lamentable descuido tipográfico, la edición pasada de este suplemento apareció con un error equivocado, el correcto es 977.

In memoriam

"Marcelo Quiroga Santa Cruz fue desde el exilio político, al menos seguro, a Bolivia en busca de una esperanza, por el gran cariño que le tenía a su patria, por encontrarle un mejor y más permanente porvenir; pero los bastardos lo exterminaron. Y lo exterminaron porque su vitalidad y su rectitud intelectual eran peligrosas para los que veían en él al certero líder de un sistema progresista. . . Nos hemos quedado sin Quiroga Santa Cruz como también nos quedamos sin San Martín, sin Sucre y sin tantos otros que murieron sacrificándose por esta pobre América".

JUAN RULFO

"No quiero hoy reseñar todos los méritos de este boliviano por nacimiento, y latinoamericano por vocación. Sólo deseo resaltar la que para mí, es su virtud más sobresaliente. Quiroga fue un hombre valiente, ejemplo de coraje civil en una lucha desigual, que enfrentó sin vacilar, en la que sacrificó su vida por servir a su pueblo".

HECTOR J. CAMPORA

"Marcelo Quiroga Santa Cruz fue el primer patriota boliviano sacrificado por el asalto militar del 17 de julio. Todos los negociantes de la heredad nacional, los traidores a la patria, los contrabandistas y usufructuarios de la deuda externa y los explotadores de la Nación, señalados y denunciados valientemente por Quiroga Santa Cruz, tramaron su desaparición y se sintieron satisfechos una vez consumado. Odiaban su inteligencia, su valor civil insobornable y su permanente denuncia del saqueo de Bolivia. Los ahogaba el rencor y los exasperaba la inminencia de su ascendiente popular que, apenas en dos años, había logrado captar un porcentaje importante del electorado boliviano".

HERNAN SILES ZUAZO y ANTONIO ARANIBAR

"Intelectual, escritor de altos méritos, regresó a Bolivia para seguir vinculado, paso a paso, a la batalla libertaria y reivindicadora de su pueblo. Ha muerto fiel a sí mismo. Más temprano que tarde la tierra de su patria lo alzaré".

SOCORRO DIAZ

"Reconocemos en la figura de Marcelo Quiroga al demócrata, al patriota, al revolucionario. Intelectual destacado, con condiciones de estadista, ligó su destino personal a los destinos colectivos de su pueblo por los que en definitiva dio la vida".

JORGE LUIS JOA
EMBAJADA DE CUBA EN MEXICO

"No exageramos cuando decimos que cuando los esbirros de la actual dictadura le asesinan, el mismo día del golpe, matan a la principal figura socialista de la América Latina de hoy".

PARTIDO SOCIALISTA URUGUAYO

"La vida heroica de Marcelo Quiroga Santa Cruz trasciende los límites de lo corpóreo por el permanente ascenso de su pensamiento y de su acción hacia un objetivo que la domina: romper las cadenas seculares que oprimen a su pueblo y liberar a sus fuerzas trabajadoras".

RODOLFO PUIGGROS

"Largo sería hablar de Marcelo Quiroga: patriota boliviano, escritor, político y compañero revolucionario. El compañero Marcelo Quiroga Santa Cruz fue uno de los políticos más firmes de gran valor civil para acusar a los que han abusado del poder. Se proyectaba como una figura nueva, carismática con gran arrastre popular. Hombre de talento, de sólida formación política, hábil expositor, valiente e infatigable luchador social".

GALO GOMEZ
PARTIDO SOCIALISTA CHILENO

"Si los grandes desafíos y los grandes dolores de un pueblo tuvieran que simbolizarse en las circunstancias concretas de una hora de lucha y de tragedia, en la imagen personal de uno de los hijos del mismo pueblo, para el de Bolivia el símbolo de hoy sería, sin duda, Marcelo Quiroga Santa Cruz".

PEDRO VISKOVIC



Marcelo Quiroga Santa Cruz

Mauricio ANTEZANA VILLEGAS

Marcelo Quiroga Santa Cruz, por sí mismo, es un hecho político trascendente que alcanza el ámbito histórico como efecto de su práctica dirigente. Pese a su muerte constituye una realidad ideológica y política. Para intentar comprender su magnitud, es absolutamente necesario configurar el marco social en el que articuló su propuesta; por ello, a continuación, se ensaya un acercamiento analítico a los contornos históricos dentro de los que Quiroga Santa Cruz prefiguró el socialismo.

La inviabilidad de la burguesía boliviana como clase gobernante se ha reconfirmado a través de la interminable sucesión de golpes militares violatorios de la legalidad e institucionalidad burguesas. La permanente recurrencia de la burguesía a su instancia armada —único factor con capacidad de dar continuidad al régimen capitalista dependiente—, da cuenta de su incapacidad para enfrentar institucionalmente la lucha de clases, de su insolencia para titularizar, por la vía constitucional, el poder y de su ahistoricidad como clase gobernante. El proletariado boliviano, a la cabeza de los sectores adscritos a su programa transformador, en cambio, tiene un proyecto histórico que cumplir que consiste en la apropiación del poder político para construir el socialismo. El programa obrero involucra al campesinado, a las capas medias y a otros grupos sociales que, en condición subordinada, se adhieren al proyecto revolucionario del proletariado. El puesto de vanguardia que tiene el movimiento obrero en esta convergencia estratégica de intereses sociales, ha sido reconfirmado por la historia de la lucha de clases en Bolivia.

Las premisas objetivas que, teóricamente, constituyen la base material de un proceso revolucionario y que, por tanto, deben preparar el camino de una ruptura histórico-social, han madurado en Bolivia. La organización de la Asamblea Popular hacia 1971, como órgano de poder de masas paralelo y opuesto al gobierno del estado burgués, da cuenta de ello. La expresión estructural de este estado de madurez se ubica en la base de la formación social y radica en la imposibilidad de un crecimiento de las fuerzas productivas en términos nacionales en los rígidos marcos impuestos por las relaciones sociales de producción que, dada la situación dependiente de la sociedad, implican la superexplotación de los trabajadores. Durante las dictaduras de Barrientos y Bánzer, engañosamente se mostró lo que fue una expansión limitada de las fuerzas productivas como un desarrollo capitalista, expansión amparada por la administración fascistoide del poder. Tal expansión, por lo demás, ha sido alentada por la reestructuración de la división internacional del trabajo operada después de la 2a. Guerra Mundial, y que ha dado lugar a grados ~~infimos de industrialización en países que, como~~ Bolivia, nunca han tenido un nivel de acumulación nacional capaz de promover la capitalización masiva de las ciudades y del campo. Las premisas objetivas manifestadas en la imposibilidad de un ulterior desarrollo de las fuerzas productivas en la sociedad boliviana, están maduras.

El correlato ideológico-político de la determinación objetiva no ha sido, especialmente desde 1952, mecánico. La Revolución de Abril de aquel año, de



carácter democrático - burgués, estuvo signada en su decurso por la instancia orgánica y dirigente de aquella revolución "antiimperialista antifeudal y antioligárquica": el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), cuyas premisas políticas, ideológicas y axiológicas, en tanto iban acompañadas de concreciones estructurales del programa de la revolución (Nacionalización de las Minas, Reforma Agraria, Voto Universal, Reforma Educativa, etc), encontraron un espacio popular de recepción. Las masas reprodujeron el "nacionalismo revolucionario" identificándose, progresivamente, con la propia visión religiosa en un sincretismo ideológico impresionante. El símbolo gráfico de la victoria del MNR, se veía reproducido en fotografías, en los hogares obreros, mineros, campesinos, estudiantiles, flanqueadas por dos grandes cirios asentados en pequeños altares de madera adosados a la pared. En el ámbito político, el alcance de la fusión ideológico-social entre "nacionalismo y pueblo", determinó la propuesta de todos los gobiernos que sucedieron al de Paz Estenssoro, primer Presidente de la Revolución. El dictador René Barrientos Ortuño que derrocó, desde la vicepresidencia, a Paz Estenssoro en 1964, justificó su golpe como un freno a la deshonestidad gubernamental que, entre otras cosas, estaría desvirtuando el "nacionalismo revolucionario". El golpe de Barrientos adoptó el lema de "nacionalismo restaurador" y a todas dimensiones de la práctica populista del MNR internalizadas en las masas con un carácter mítico-religioso, les dio una proyección heroica y personal. Otra vez fue el discurso paternalista, asistencialista, antiimperialista y, en ocasiones, rabiosamente nacionalista, el que, apoyado en las armas, logró cierto ascenso en los sectores campesinos y medios de la población.

La izquierda, diferenciada en más de dos proyectos, desde 1952 se debatía entre la imprecisión teórica y la insuficiencia organizativa. Ella misma no lograba desembarazarse de su condicionamiento nacionalista y no podía abrir un espacio ideológico independiente en las masas, y, cuando lo conseguía, era en reducidos grupos de la intelectualidad radicalizada. Aunque partidariamente el trotskismo, las dos alas comunistas y una suerte de izquierda nacional - sindicalista, atraían la atención del movimiento obrero y popular, ideológicamente no consiguieron desplazar al movimientismo. No existía ninguna determinación histórica que inviabilizara el ingreso del discurso de izquierda al ámbito popular, es que no estaba formulado de acuerdo al nivel político alcanzado por las luchas sociales, ni estaba articulado en base a un riguroso análisis de la realidad.

En 1969 seguía el "nacionalismo revolucionario" hegemonizando el espectro político - ideológico. Entonces se produce un arañazo en el manto ideológico de la clase dominante protagonizado por las

guerrillas de Nancahuazú. Al margen de la absoluta ineficacia política de la concepción foquista, la visualización de una sociedad socialista se torna posible. Las guerrillas encontraron un lugar en el que la idea del socialismo posible empezaba a ser pensada seriamente, y ya no en términos propagandísticos como hasta entonces; pero la disposición a pensar la revolución no se tradujo en adscripción popular al proyecto guerrillero. La intuición del proletariado, del campesinado y de algunos sectores de las capas medias, fue más influyente que la indudablemente atractiva figura del Ché. Por tanto, la importancia que tiene este pequeño corte en el fluir de la ideología nacionalista, se inscribe en la dimensión de la visualización de una sociedad socialista. Naturalmente, esa visión quedó empañada con la derrota del Ché y su grupo guerrillero, así como la segunda experiencia guerrillera en Teoponte.

La labor de ideologización de los partidos de izquierda no fue intrascendente pero sí limitada. Propagandizaron la idea del socialismo a través de su prensa pero nunca pudieron, porque la represión y otros factores lo impidieron, internalizar su discurso en los trabajadores y hacer de su formulación una experiencia política de masas. Cuando los modelos de ejercicio del poder de la burguesía y del imperialismo se agotaban o hacían crisis, las masas arremetían, rebasando a los partidos que se reclababan su vanguardia, en forma espontánea y sin conducción táctica, casi exclusivamente en forma intuitiva. Es por ello, también que no alcanzaron un éxito político significativo.

El gobierno del general Ovando Candia que en su primera etapa manifestó un contenido progresista, especialmente por la nacionalización del petróleo protagonizada por Marcelo Quiroga Santa Cruz como Ministro de Minas y Petróleo (1969), se desplazó sensiblemente hacia el campo antipopular y antinacional, reprimiendo la segunda experiencia guerrillera de Teoponte. Tal desplazamiento gubernamental significó la renuncia al gabinete de Quiroga Santa Cruz, quien en el transcurso de pocos meses ocupó las Carteras de Energías e Hidrocarburos y de Estado. El único aspecto constante del gobierno de Ovando, fue su discurso nacionalista progresista. La inhabilidad de Ovando y su gabinete para controlar la crisis dio lugar a un evidente vacío de poder que fue llenado, ante la presión popular, por un grupo de militares progresistas que vieron en el Gral. Juan José Torres, la salida política frente al fascismo. La coyuntura estaba determinada por un proceso ascensional de masas sin un proyecto político claro. De la fragua de las movilizaciones populares se organizó la Asamblea Popular, expresión de la germinación de un poder popular en ciernes en la base de la formación social. Las determinaciones socio-políticas eran favorables a la articulación de un discurso socialista que figurara un programa revolucionario. Pero la izquierda se perdió en el pasado, renovando sus desavenencias, sus diferencias principistas, sin ocuparse de descifrar la naturaleza histórica del momento. Fue en aquellas jornadas que el autor de la nacionalización del petróleo advirtió la necesidad de llenar un vacío, la urgencia de responder política y no alegóricamente a la exigencia popular. Quiroga Santa Cruz, en consecuencia, salió a las calles a fundar un partido de clase; es emblemático el hecho de que el Partido Socialista I fuera fundado un 10 de mayo. La participación independiente de Quiroga Santa Cruz en el Parlamento, durante el régimen antinacional de Barrientos, que se concentró en el establecimiento de un juicio de responsabilidades contra el presidente en ejercicio que constitucionalizó su dictadura por medio de elecciones amañadas, le costó el soterramiento en un lugar inhóspito y casi la vida misma; y su autoría en la nacionalización del petróleo y otras leyes tendientes a preservar los intereses nacionales, le conferían a Quiroga Santa Cruz una base socio-política que le permitía estructurar un partido. El PS-I consideró, desde un principio, que la revolución venidera en Bolivia era socialista y que con arreglo a tal perspectiva debía programarse la táctica y la estrategia política, la organización partidaria y sindical y la práctica militante. A los pocos meses de fundado el PS-I, Quiroga Santa Cruz luchaba en la resistencia que el pueblo libró contra el golpe del golpe regresivo de Bánzer Suárez. En las calles de La Paz, junto a los trabajadores, fusil entre manos, el dirigente socialista visualizó con claridad meridiana la estrategia revolucionaria y, desde entonces, se opuso a que la izquierda se embarcara en metodologías ajenas a la experiencia, a los principios y a la práctica de las masas. La independencia de clase como principio político, la insurrección popular como

modalidad de acceso al poder, el frente antiimperialista y antioligárquico como dirección superior, fueron estos aspectos que Quiroga Santa Cruz hizo sustantivos en su pensamiento, discurso y acción. En el fragor de la lucha aprendió algo más: que el "nacionalismo revolucionario" es la ideología de la dominación de la burguesía intermediaria y subordinada, en su conjunto, al capital internacional que, aunque puede diferenciarse coyunturalmente en sectores, es monolítica cuando sus intereses peligran; que la burguesía no puede gobernar por largos periodos bajo su propia legalidad y que su recurrencia continúa a su zona de emergencia —las FFAA— es la única vía de la mantención del contenido de clase del Estado y de la dominación imperialista cuando las masas, aún sin un programa articulado, arremeten contra el sistema dependiente. Corroborando su análisis, el 21 de agosto de 1971, el Crni Bánzer Suárez ingreso por la fuerza al palacio de Gobierno precedido de tanques y muertos, junto con Paz Estenssoro, hablando en nombre del "nacionalismo cristiano", mientras el ex presidente convocaba a las masas a vitorear al nuevo dictador. En los límites del "nacionalismo", nuevamente en el gobierno, entregaron, en base a la represión y la superexplotación económica, "orden, paz y trabajo". El nacionalismo antipopular del banzerato rigió hasta 1978 cuando, en razón de la táctica imperialista de dominación que postulaba las "democracias viables", el repliegue táctico de la FFAA, a sus cuarteles y la inauguración de aperturas democráticas; de las movilizaciones populares intransigentes en su proyecto de reconquistar sus libertades democráticas y del agotamiento del modelo dictatorial, la burguesía y el imperialismo administraron un retorno a la democracia en Bolivia cuya finalidad era constitucionalizar el esquema dictatorial. Fue cuando Marcelo Quiroga Santa Cruz regresó clandestinamente al país.

Convocadas las elecciones para Julio de 1978, la izquierda se presentó diferenciada en tres opciones: la Unidad Democrática y Popular, el Frente Revolucionario de Izquierda (ambas agrupaciones multipartidarias y el Partido Socialista I. La UDP fue el frente político que más radical y resueltamente expresó la dependencia de la izquierda boliviana del "nacionalismo revolucionario" como ideología y del populismo como práctica política. Este frente planteaba la recuperación del progreso iniciado con la Revolución de Abril del 52 y su profundización; o sea, la revivencia del nacionalismo como formulación y del populismo como modalidad de relacionamiento político con las masas. Se habló del "entronque histórico con el '52" y bajo esa premisa jefaturizó dicho frente Hernán Siles Zuazo, líder de las jornadas del "nacionalismo revolucionario" y presidente constitucional del MNR en el periodo 54-60. La UDP, en ulterior análisis, no sólo que no intentó romper con el discurso de la clase dominante, sino que lo revitalizó y lo propuso como alternativa popular, acuñando el término de "izquierda nacional" para dar estatuto teórico a su planteo. El FRI optó, más bien, por una línea que priorizaba los contenidos estratégicos del programa revolucionario, proponiendo una plataforma principis-



la y autoaislante del movimiento de masas. Con este proyecto vanguardista, el FRI renunciaba a la lucha ideológica contra el nacionalismo dejando un espacio para su reverdecer. Finalmente, el PS-1, partido que trató de buscar el equilibrio y hacer las veces de factor unitario entre las dos perspectivas de izquierda, al no conseguirlo obró en consecuencia. El discurso de Quiroga Santa Cruz, retomando los aspectos tácticos y estratégicos de la lucha por el socialismo, no concedió el privilegio a la vía democrática ni desestimó su utilidad táctica, pero dijo, entre otra de sus consignas: "Las elecciones terminan en julio, la lucha no"; es decir, propuso salir al paso al proyecto fascista, participar con un proyecto de clase en la democracia formal sin confiarse en ella sino manteniendo la independencia política de los trabajadores y concertando el apoyo de sectores medios. El discurso de Quiroga Santa Cruz articulaba una propuesta antifascista, opuesta al nacionalismo y encontrada con los nuevos contenidos de la izquierda nacional, sin caer en el vanguardismo veleidoso de otras agrupaciones menores. A pesar de no contar con un auditorio masivo, en los primeros meses del retorno a la democracia, **Quiroga Santa Cruz inició, en base a una práctica política, nueva, desconocida hasta entonces, la ruptura histórico-ideológica con el nacionalismo populista.** Por primera vez en Bolivia, en el contexto de un proceso electoral abierto, un militante revolucionario desafió y dio correctamente la lucha ideológica y política al enemigo de clase. Quiroga Santa Cruz sabía que el discurso socialista no podía estar armado exclusivamente de facilismos lingüísticos, de slogans propagandísticos, de consignas aisladas. Comprendió que no se ganaban los espacios ideológicos populares con un ataque adjetivo al enemigo, sino proponiendo un entorno significativo en el cual, las masas, puedan construir su propia ideología revolucionaria, ofreciendo un proyecto político que alumbrase el diseño de un programa socialista realizable. "De cara a las masas", como repetía en cuanta ocasión podía, Quiroga Santa Cruz inauguró lo que se dio en llamar "un nuevo estilo de hacer política" y, evidentemente era nuevo, pero, ante todo nuevo por su contenido declaradamente socialista y revolucionario. No creyó, como la UDP, que la modalidad que debía asumir el desprendimiento ideológico popular del nacionalismo, pasaba por su transformación cualitativa. En las elecciones de 1978, Marcelo no obtuvo un apoyo significativo, la UDP fue la mayoritariamente favorecida, en gran parte porque sectores importantes del campo popular reencontraron en ese frente el paternalismo y asistencialismo perdidos y porque, indudablemente, la figura redentora de Siles Zuazo suscitaba confianza, especialmente entre los campesinos que fueron "beneficiados" con la Reforma Agraria de 1953. La UDP ganó aquellas elecciones y cuando el Gral. Pereda Asbún, ex ministro del Interior de Bánzer y candidato oficialista, le arrebató el triunfo por medio de un golpe, la UDP no hizo nada por defender su victoria electoral y prefirió la conspiración que luego se consumó con el contragolpe del Gral. Padilla, que contaba con el apoyo indisimulado de ese frente.

Desde julio del '78 hasta julio del 79", mes para el que fueron convocadas las siguientes elecciones, Quiroga Santa Cruz no dejó de pronunciarse en cuanta coyuntura nueva se abría dando lugar a redefiniciones políticas. En todos sus pronunciamientos, el lenguaje abiertamente socialista, la denuncia del fascismo y la lucha contra el nacionalismo reaccionario, su oposición al nacionalismo izquierdista así como al vanguardismo radical y la convocatoria a ir fortaleciendo su partido, hicieron que el auditorio del líder socialista fuera creciendo e impregnándose de un contenido de clase cada vez más proletario. La ruptura ideológica-política con el nacionalismo radicaba en el desenmascaramiento de su carácter burgués y en la revelación de su función de dispersión, confusión y desviación de los objetivos históricos del proletariado. Bánzer, Paz Estenssoro e incluso Siles Zuazo fueron progresivamente desnudados y puestos en evidencia. Fue en la polémica entablada con la UDP donde más clara y evidente se hizo, ante las masas, la desmitificación del nacionalismo y cuando radicalmente se diferenció el proyecto socialista de los otros. Para 1979, Marcelo Quiroga Santa Cruz era el titular de la corriente revolucionaria. Para las elecciones de aquel año, bajo las premisas de: "Sin tu voto a la cárcel, con tu voto al parlamento, con tu lucha al poder" (lo primero por que la ley electoral sancionada con una multa impagable por cualquier partido popular o con la cárcel a aquellas formulas que no obtuvieron un determinado número de votos), Quiroga Santa Cruz replanteó la utilización de la legalidad burguesa como instancia táctica de reorganización y politización de los trabajadores, de movilizaciones populares para la consecu-



Réquiem para un combatiente

Marcelo QUIROGA SANTA CRUZ

Mauricio Lefebvre, sacerdote, boliviano y compañero, te hablo a tí que estás muerto y hablo por tí y por los ciento cincuenta compañeros que en La Paz, Oruro y Santa Cruz, con un antiguo fusil herrumbrado y tres o cuatro balas en el bolsillo, con un bullicioso pero inofensivo cartucho de dinamita en la mano, con el adobe destinado a una inútil y tardía barricada, pesando en el hombro, o en la mirada, simplemente con la mirada serenamente fija en los ojos del que mandaba el pelotón de fusilamiento; por el minero fabril; por el minero; por el empleado de la clase media; por los universitarios y las universitarias; por todos ellos que, como tú, y nuestra causa, también han muerto. Te hablo a tí como si hablara a los ciento cincuenta muertos sin nombre: a Pedro, a Juan, a Manuel, le hablo a la sangre popular que no tiene nombre. Pero tú sabes Mauricio, que lo que en las informaciones periodísticas no es nada más que una cifra, lo que ni siquiera en los avisos necrológicos figura, porque hasta la muerte separa a los hombres en distintos rangos sociales, fue, hasta la víspera de la masacre, un varonil pecho de obrero revolucionario, el generoso vientre de una madre proletaria, la frente en alto de un universitario, la sonrisa confiada de un niño. Tú sabes, Mauricio, sacerdote y compañero, por qué han muerto los que junto a tí han muerto y sabes, también, por qué los seiscientos heridos y listados sufren hoy, tanto por sus heridas o la pérdida de una extremidad, como por la pérdida de la libertad.

Tal vez tú has alcanzado, por tu fe cristiana, la felicidad sobrenatural que al precio de tu propia vida intentaste conquistar como felicidad humana, aquí y ahora. Tú dejaste el Canadá, Mauricio, donde naciste, para integrarte en la entraña misma de nuestro pueblo. Porque tú supiste que el que sufre y lucha por la dignificación del hombre sobre un pedazo de tierra, sufre y lucha sobre toda la tierra. Pudiste ser un cura convencional, y así, no ser nadie. Pudiste militar en las filas del segmento eclesiástico tradicional, ser un sacerdote conservador y así, no ser un sacerdote. Pudiste no ser un cura del Tercer Mundo, y así, no estar en este mundo. Pero tú supiste a qué ventas, compañero, por eso, en lugar de vegetar como párroco nutrido en las alcancías de las sacristías, te ganaste el pan de cada día; en lugar de ser asesor espiritual y falso tranquilizador de la corrompida conciencia de la burguesía, fuiste asesor intelectual de la juventud revolucionaria; en lugar de buscar la amistad de la oligarquía con la que los curas que

traicionan su ministerio, intercambian indulgencias y estipendios, conviviste con el minero y con el compartiste su duro pan y tu luminosa palabra.

No te he visto morir, Mauricio, no estaba cerca tuyo cuando las balas atravesaron tus manos, como dos clavos, ni cuando un último disparo hirió tu costado. Pero estoy seguro que en tu agonía, mientras te desangrabas sobre esta tierra que te eligió para ser tu patria, escuchaste elevarse, confundido con el tableteo de las ametralladoras, un coro infame de imprecaciones contra el cura extranjero y comunizante; que oíste un miserable suspiro de alivio porque tú morías; que imaginaste, también, la hipócrita frase de los que simulaban lamentar tu muerte, porque es más fácil fingir piedad por el enemigo muerto que respetar al adversario vivo. Y nada de eso ha debido atormentarte, Mauricio, porque sobreponiéndose a esas voces, venciendo ese sordo rumor de los mercados, has debido oír la voz de tu pueblo. Tuyo, sí, tuyo porque no te has incorporado a él por el mero hecho de nacer en el espacio geográfico donde es explotado, sino porque lo has conquistado con tu apasionada entrega a su servicio. Has debido oír la voz de tu pueblo rindiéndote un homenaje de gratitud y camaradería revolucionaria, pero no un homenaje convencional y burgués hecho de lacrimosas oraciones fúnebres, no, sino el homenaje que tú preferías y merecías. Imagino, Mauricio, boliviano, sacerdote y compañero, que en el último instante, cuando yacías inmóvil sobre esta tierra nuestra que no te dio cuna para el disfrute de ventajas, sino cadalso y tumba para el sacrificio revolucionario por tu amor a los desposeídos, el homenaje de tu pueblo llegó a tus oídos y se reflejó en tus ojos inmóviles abiertos a la noche sangrienta. Era el fragor de la heroica resistencia y era el perfil de Laikakota, la fortaleza del genocidio conquistada por los primeros combatientes del pueblo. Ese es nuestro homenaje Mauricio, compañero, ese es el homenaje de tu pueblo, la voluntad de continuar la lucha en la que has caído, hasta la victoria final.

N.R.— Homenaje rendido por Marcelo Quiroga Santa Cruz para el luchador social, Mauricio Lefebvre, que murió heroicamente durante el sangriento golpe militar del 21 de agosto de 1971, encabezado por el dictador Hugo Bánzer, lo reproducimos por su valor simbólico: pareciera ser un réquiem para su propia muerte. ■





ción de reivindicaciones económicas y de denuncia de la burguesía y el imperialismo, al mismo tiempo que "con tu lucha al poder" proponía la estructuración independiente del campo popular en la perspectiva del poder político.

El crecimiento del socialista como alternativa revolucionaria fue evidente al lograr una votación importante que permitió a su partido obtener cinco bancas en el Parlamento desde donde, producido el empate electoral entre los dos nacionalismos, el de la UDP y el de MNR, no traicionó la votación a su favor apoyando a algunos de éstos frentes de las elecciones parlamentarias, con lo que su ruptura con el nacionalismo izquierdista y, por supuesto, con el reaccionario que, según él, eran dos facetas de un programa indiferenciado, llegó a su mayor agudeza. La fuerza social que lo condujo al Parlamento fue suficiente para que Quiroga Santa Cruz entablara un juicio de responsabilidades contra Bánzer por los delitos contra la seguridad e integridad nacionales, por los delitos económicos y por los delitos contra los derechos humanos en que incurriera la dictadura, y para que propusiera más de 20 proyectos de ley antiimperialistas, antioligárquicos y populares. La intransigencia del socialista en el Parlamento al no separarse de la plataforma ofrecida a los trabajadores le costó el mote de "izquierdista marginal" acuñado por la UDP, y de "traidor a la patria" por la derecha. El parlamento acusado e impugnado, utilizó el Parlamento como corresponde a un revolucionario: como trincheras de denuncia de las masas y como factor de descomposición de la estructura de poder. De modo que no sólo a nivel ideológico protagonizaba, junto a quienes lo eligieron diputado, la ruptura histórica con el nacionalismo, sino que en la práctica política desarrollaba una conducta consecuente y revolucionaria rigurosamente alineada con la estrategia proletaria.

En noviembre de 1979 estalla el golpe regresivo del Crnl. Natusch Busch que no contaba con el apoyo del imperialismo, interesado, más bien, en las democracias restringidas, ni de la propia burguesía; pero que a pesar de su rápida derrota permitió la reorganización y el avance de las fuerzas fascistas en su proyecto de recaptura del poder. Marcelo Quiroga Santa Cruz advirtió este peligro y lejos de entrar en

complicidad con los militares facciosos, como lo hicieron otras supuestas vanguardias populares, creyó llegado el momento de desenmascarar el carácter burgués del Parlamento y la bancada del PS-1 renunció a su mandato, Restituida formalmente la democracia y nominada, por un nuevo acuerdo parlamentario, la presidente Lydia Gueiler Tejada, desde las calles y ante la próxima contienda electoral decretada por el nuevo gobierno para junio de 1980 y ante la inminencia de un próximo enfrentamiento clasista de carácter insurreccional, el PS-1, a través de su líder, convocó a la victoria popular "en las urnas o en las calles". Insistió en lo que para él era condición de la victoria popular: la unidad superior de la izquierda que ya la exigió desde 1978. La condición de Quiroga Santa Cruz era clara; un Frente programático, antioligárquico y antiimperialista. La UDP que a lo largo de 24 meses hegemonizó la conducción del campo popular y a cuyo cargo estuvo la postergación de las reivindicaciones económicas y políticas de las masas en aras de su proyecto electoralista, conciliador y transigente con la derecha, se mantuvo firme en la subordinación al nacionalismo ideológico, al demócrata político y al reformismo social. El otro sector de izquierda, desmembrado, y caracterizado por su autoaislamiento de los trabajadores, fue más permeable al proyecto de Quiroga Santa Cruz quien condicionaba la estructuración frentista a la unidad de la izquierda. Finalmente no hubo frente. Marcelo, desde el PS-1, esta vez con un gran ascendiente popular, con un crecido auditorio proletario, combatió nuevamente al nacionalismo populista. Su discurso expresaba, cada día con mayor rigurosidad y transparencia, una mutua determinación entre la praxis y la lógica revolucionaria que resultaba en una mayor influencia de masas al extremo de que la UDP, la izquierda vanguardista y la propia derecha, dependían en su accionar de la palabra del dirigente socialista; menos, claro está, las fuerzas fascistas que tramaban el golpe y que no pasaban desapercibidas para Quiroga Santa Cruz. En los últimos meses de la democracia habló de la disyuntiva entre "la tercera elección o el cuarto golpe", estudiando dialécticamente las determinaciones de la coyuntura y exponiendo, luego, con meridiana claridad, que la contradicción principal no pasaba por la oposición democracia - fascismo, sino revolución - contrarrevolución.

El aumento de la votación del líder socialista en las elecciones de 1980 y su contenido fundamentalmente obrero, contrastó con la relativa disminución en la votación por la UDP; así como la mantención del caudal electoral de Bánzer con la notable disminución en la votación para Paz Estenssoro. Para Marcelo, este hecho socio-político expresaba la agudización del enfrentamiento clasista cuyos titulares eran —el lo sabía—, el líder socialista por la revolución y Bánzer por la contrarrevolución. La crisis social se resolvió, por la vía de su aplazamiento, con el golpe del 17 de julio de 1980 protagonizado por el grupo de choque de la burguesía al mando de los generales García Meza y Arce Gómez, cuyo primer encargo fue la eliminación del líder socialista. Su asesinato, confrontado hoy con

Los hogares ausentes

Miguel ESPEJO

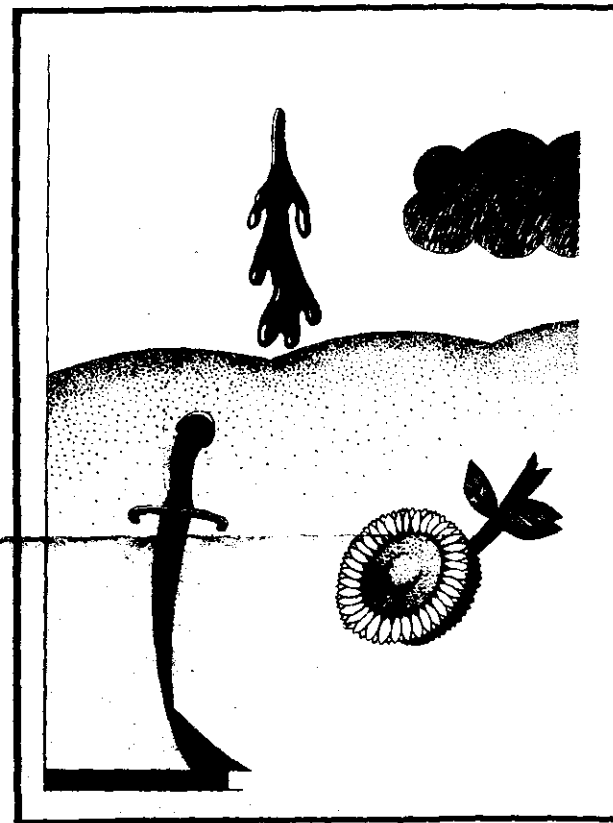
Los deshabitados, la novela de Marcelo Quiroga Santa Cruz que ya en un año bastante alejado como el 1962 recibió un premio de la Fundación William H. Miller, es casi completa e injustamente desconocida por el público de habla hispana. La muerte temprana de su autor, ocurrida unos pocos meses después de que se realizara una segunda edición de la novela (Ediciones Los Amigos del Libro, La Paz, 1980), obliga a trazar una línea precisa de su obra. Sartre decía respecto a Camus que uno se acostumbra a ver su obra como cerrada, lisa para siempre, sustraída a posibles correcciones y modificaciones.

El escritor de esta novela, y es de público conocimiento, es un hombre cuya actividad ha girado alrededor del eje de la política, pero ha sido capaz de operar un texto cuyos interrogantes van mucho más allá de un terreno meramente político, situándose en la frecuencia lejos de la propaganda. Cada uno de los personajes es de alguna forma un símbolo de un sector social, sin embargo, el delicado equilibrio con que él los introduce en el texto para luego desarrollarlos nos deja la sensación de encontrarnos ante una prosa que nos remite a muchas cosas y también a ella misma. Las imágenes no eluden el rigor: "Sentía correr las lágrimas con el mismo placer de una misión largamente contenida".

Los fulgores que la articulan, puesto que estrictamente no hay un argumento nítido, hacen de esta novela una obra ágil y también bella, lo cual en nuestros días resulta cada vez más difícil de lograr. Por momentos algunos pasajes tienen el sello de los

diálogos platónicos, o mejor aún, conservan la preocupación platónica que el cristianismo, a través de Plotino, siguiera alimentando. La relación entre el hombre y Dios no es planteada a la ligera; el escepticismo de uno de los personajes, el padre Justiniano, le confiere a la novela una dimensión más vasta.

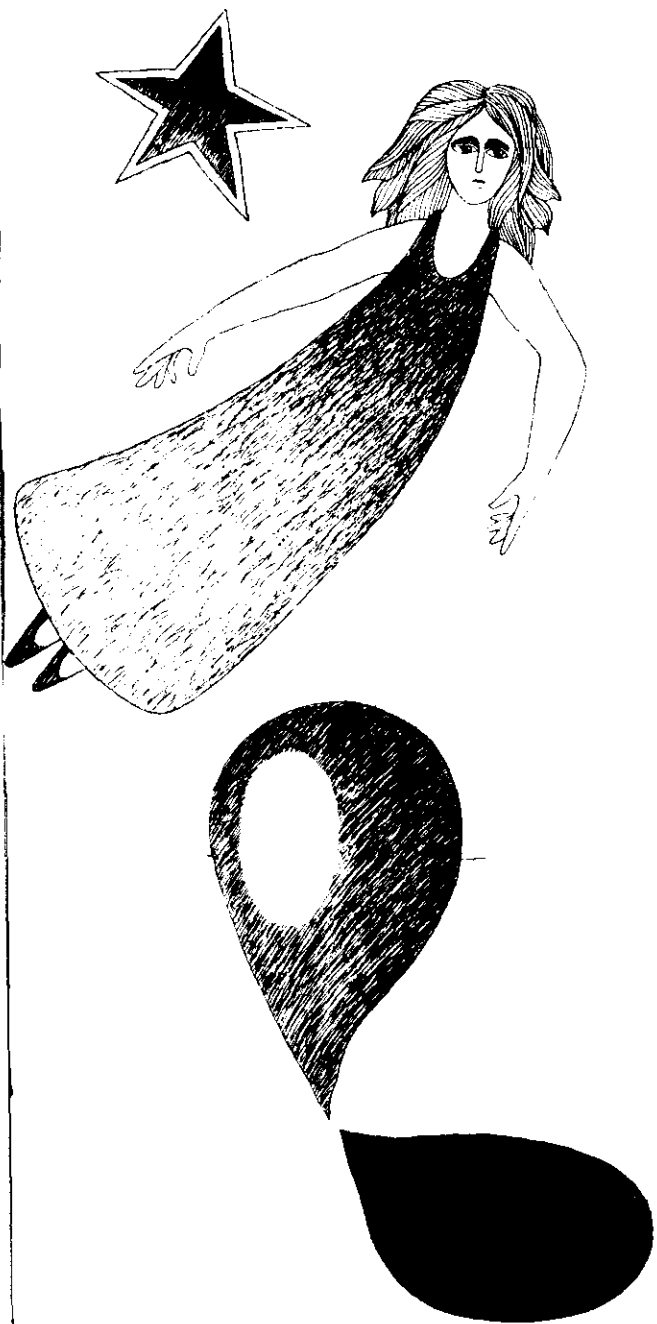
Los deshabitados es un texto que debe entenderse igualmente a partir de su título. Los personajes son habitantes de la indeterminación, viven el conflicto permanente de aquel que sueña con disponer de objetivos y carecen de la fuerza para buscarlos o dárselos. En otras palabras, los hombres viven sueños trancos. Si esta novela merece ser rescatada de su anonimato no es por la trágica muerte de su autor, sino por haber sido capaz de expresar las múltiples facetas de la condición humana. Ella incluye su propio pesimismo y las dudas que puedan existir en cuanto a su modificación. Durcot, ese hombre que se sueña como escritor cuando en toda su vida apenas ha delineado un par de poemas, dice que "siempre he creído ver un gran parecido entre el espíritu del sacerdote y el del escritor". El padre Justiniano, su interlocutor, le responde: "los escritores eligen ese oficio porque les repugna la gente. Los sacerdotes en que Ud. piensa, seguramente son monjes de vida contemplativa; a ellos también les repugna un poco". Escribir, ese misterioso oficio que personas tan diversas han ejercitado, es un vaivén entre el alejamiento de lo humano y la intimidad más profunda y Quiroga Santa Cruz, en esta novela, lo ha comprendido plenamente. ■



el regreso de Hugo Bánzer al gobierno precedido de un cambio de guardia ministerial (febrero-1981), corrobora el análisis que Marcelo hiciera poco tiempo antes. Su muerte simboliza la postergación de la salida revolucionaria y la reintegración del equipo banzerista en el gobierno, la victoria momentánea de la contrarrevolución.

Pero Marcelo Quiroga Santa Cruz no solamente significó la ruptura ideológica con el nacionalismo, una ruptura con expresión de masas, un discurso que conoció la articulación práctica y su aplicación popular: ni tan solo el rompimiento político con el populismo por una afirmación de la conducta personal y partidaria revolucionaria, sino que, en el terreno de la significación de la memoria popular, constituye el **primer líder por el socialismo**. Ninguno, antes que él, fue puesto en el Parlamento por los trabajadores y con el encargo de cumplir un programa socialista; ninguno, como él, concentraba a las masas para hablar del socialismo y a partir de ello hacer una experiencia de lucha política; ninguno, como él, politizó de cara a las masas, por la revolución. Y las masas no votaron por su brillante oratoria, por su impecable discurso, por su inteligencia, o por su conocimiento de la realidad nacional, solamente, votaban por todo ello y porque era la **alternativa socialista posible**. Quiroga Santa Cruz constituyó la liberación que sobrevenía. Hoy es el símbolo de la revolución, el símbolo ideológico del proletariado.

En suma, en Bolivia, el paradigma socialista, como práctica ideológica, como lógica teórica y experiencia política de masas, ha sido iniciado por Marcelo Quiroga Santa Cruz. El Partido Socialista-1 de hoy, sin Marcelo, y las organizaciones de la izquierda boliviana tienen la gran tarea de convertir la memoria popular en práctica histórica. ■



Dos poemas de amor y muerte

Amor muerte

Muertamada

Miro:
Sedosa urdirbre
de sombra agazapada.

Avanzo:
Parpadeante vigilia
guño de valva desbordada.

Palpo:
Fuga hacia adelante
o recatado acoso
oferta de fuego lento
para la mano que desbroza

Entro:
Nido de agua habitada
súbito manantial
sediento de sí mismo
turbulencia, burbuja, nada
lo desconocido, al fin.

Muero:
La soledad, antes y después
copa de ceniza tierna
amortajando al que fui
gota a gota
antes de ser contigo

Pregunto:

Por la apagada voz sonora
que todavía escucho sofocada
en el plumón que sangra ahora
de lo que ya es sólo sombra alada.

Por el leve pie que ya no explora
ni roza el rocío ni enseña la ensenada
por la tierna hierba que ya no devora
el labio quieto de la hembra derribada

Por las espigas de trigo que ya no dora
de tu pelo el viento en clara llamada.

Por mi nostálgica mano que inútil atesora
la forma tibia de tu vientre en madrugada.

Por la sombra de nube que no añora
ni oculta la luz en tus ojos eclipsada
por la lágrima que espero y no llora
por el que ya no soy y busca tu mirada.

Por la palabra final que en mi garganta atora
la pena de una pena para siempre silenciada
y sin embargo por tí salvada de zozobra
porque el silencio canta. . . canta como nada.

PABLO ZARZAL
(Marcelo Quiroga Santa Cruz)
La Paz, junio de 1980



Dibujo de Aaron

Aaron

La sangre no tiene nombre

La piel de la mañana
tiene el sabor del bronce,
¡Capitán!

Y una tormenta de ayes
espanta las mariposas,
¡Capitán!

Usted sabe de honor y pólvora,
el pueblo no, el pueblo no,
¡Capitán!

Es la historia de siempre,
la han escrito con pedazos de carne
que aún tiemblan de miedo.

Pero, dígame Capitán,
¿se puede oponer a las balas
una muralla de amapolas,
o destruir la bayoneta
con dos labios amargos?

¡Es imposible, Capitán!
Por cada lágrima un estampido,
por cada estómago una granada,
por cada niño una guadaña,
al lado del cañón la paloma,
junto a la flecha,
la gaviota de pecho blanco. . .
junto a la novia de luto,
¡vuestras estrellas, Capitán!

¡Ay diminuto Capitán!
La sangre no tiene nombre. . .

Un día, por la tarde,
sale Pedro con las manos saladas,
sale a buscar un pedazo de pan,
¡Tiene el corazón tan rojo!

Sale con aire,
con la frente, con los pies,
sale con siete hijos, Capitán,
y en la primera esquina,
después de gritar:
"Viva", cualquier cosa,
Pedro se vuelve sangre, Capitán.

Pedro, el de las manos saladas,
se fue a dormir con los girasoles,
donde los niños tienen el estómago de cristal. . .

Su casa, sus pies, sus manos
eran saladas, Capitán.
El era bueno,
él tenía siete estómagos,
siete estómagos,
y vuestra gloria, Capitán,
¡Vuestra gloria, Capitán!
La sangre no tiene nombre,
se llama Pedro, Juan, Manuel,
¡Se llama sangre. . . Capitán!

Marcelo Quiroga Santa Cruz
La Paz, abril de 1952



Dibujo de Aaron

Aaron*

Golpe al golpismo (*)

Marcelo QUIROGA SANTA CRUZ

Es absolutamente indispensable diferenciar con claridad los objetivos revolucionarios, de los medios adecuados a esos objetivos; las metas, de los caminos a seguir para alcanzarlas. Pero dentro de cada uno de ellos, es también imprescindible distinguir la estrategia, de la táctica. Así como hay objetivos estratégicos y tácticos de la lucha revolucionaria, también hay métodos estratégicos y tácticos. El problema del golpismo y del golpe forma parte de los métodos de lucha y uno de los objetivos, aunque la posición que se adopte con uno y otro afectan o comprometen las metas inmediatas e históricas de la clase trabajadora. La diferencia entre el golpismo y el golpe está en que el primero responde a una concepción estratégica de la lucha por el poder, y el segundo a una opción táctica de ella. El golpismo es una postulación teórica, genérica, referida al método de captura del poder y una práctica política sobre la que podemos y debemos pronunciarnos con absoluta claridad. El golpe, inscrito hoy en día en las preocupaciones de las organizaciones de masas y fuerzas populares, es una posibilidad y rectificatoria determinada, cuya orientación política y, por tanto, cuya conveniencia o inconveniencia, desde el punto de vista de los intereses de la clase trabajadora, no puede juzgarse sino a partir de un análisis de las condiciones objetivas que lo impulsan y lo hacen posible.

El golpismo, en cuanto vía estratégica para la conquista del poder por los trabajadores es, desde el punto de vista de la clase obrera, de una organización marxista - leninista una forma grave de desviacionismo, una incongruencia teórica y una posición oportunista.

El golpismo parte de la creencia, oculta o confesada, de la supuesta incapacidad revolucionaria de las masas explotadas, pero no como una situación transitoria, sino como una realidad permanente. De la admisión teórica o práctica de esta presunta importancia insurreccional de las clases explotadas, el golpismo deriva la postulación oportunista, disfrazada de pragmatismo, de la conspiración en reemplazo de la insurrección. A diferencia de la desviación militarista que se apoya en la acción armada directa y excluyente de una organización política, el golpismo se basa en la acción conspirativa indirecta que pudiera provocar un golpe militar. Ambas desviaciones comparten, sin embargo, un profundo menosprecio o temor por la intervención revolucionaria de las masas. El golpe militar no está al alcance de la clase trabajadora sino de la burguesía reaccionaria que lo emplea en el restablecimiento o consolidación de su dominio; en el mejor de los casos puede apelar a él la pequeña burguesía progresista para utilizarlo en la democratización del régimen de explotación; o, excepcionalmente, para impulsar un proceso reformista vertical, efímero e inevitablemente limitado, de signo antioligárquico y aún de orientación antiimperialista. El proletariado, en su condición de clase surgida de las relaciones de producción capitalistas, es la clase esencialmente interesada en la captura del poder

para la liquidación del sistema de explotación de que es víctima. Por lo tanto, un partido que intente expresar sus intereses no puede, sin renunciar a su condición obrera y revolucionaria, adscribirse a la vía golpista en la creencia de que un cambio de gobierno determinado por un golpe militar, al margen del movimiento obrero, pudiera permitir la realización de los intereses históricos de la clase trabajadora.

El golpismo desvía la atención de la dirección estratégica de la lucha obrera que no se encamina históricamente a la captura del gobierno por y para una clase aliada, sino a la conquista del poder por y para la propia clase trabajadora. El golpismo es teóricamente insostenible porque se ofrece como presunta vía revolucionaria de acceso al poder para realizar la revolución social emancipadora, partiendo de la afirmación de que las clases explotadas estarían imposibilitadas de alcanzar la emancipación por sí mismas y, por tanto, obligadas a recibir el regalo de una "revolución" hecha por cuenta ajena.

El golpismo es, por último, una posición oportunista y peligrosa, porque utiliza las situaciones transitorias de retroceso de la lucha revolucionaria y explota el desaliento y la impaciencia, para inducir al abandono de las tareas fundamentales que debe desarrollar un partido proletario en el seno de las masas, para destruir la moral revolucionaria, para provocar el derrotismo, para presentar como inútil la lucha de los explotados y, por tanto, como tónica su liberación. El golpismo es, en un nivel estratégico de la lucha por el poder, la expresión de la voluntad y el interés conciliador de la pequeña burguesía que intenta convencer de la imposibilidad de realizar la revolución y que recomienda el reformismo.

LA INSURRECCION Y LAS FUERZAS ARMADAS

Tanto en las filas de la revolución como en las de la contrarrevolución se alistan y coinciden clases y sectores de clases distintos aunque no antagónicos, liderados por una clase cuya posición hegemónica caracteriza al conjunto de las fuerzas sociales coincidentes y le imprime un sentido político consecuente con sus intereses económicos fundamentales. Las Fuerzas Armadas en cuanto institución que asegura un carácter forzoso al sometimiento legal o de facto de la mayoría desposeída, en beneficio del predominio político de las minoritarias clases propietarias, refleja, en la composición social de sus efectivos, no sólo la misma heterogeneidad que se da en el alineamiento político general descrito, sino que resume y reproduce institucionalmente las contradicciones que se dan en el conjunto de la sociedad. El sometimiento institucional de las Fuerzas Armadas a los intereses de la clase predominante asegura la supremacía interna de aquel sector castrero oriundo o ideológicamente identificado con esa clase, pero no anula las contradicciones internas derivadas del distinto condicionamiento social y posición de los militares. Estas diferencias, más o menos importantes en el sector de los oficiales, se agudizan con la presencia semiprofesional de las clases y suboficiales, adquieren un nivel profundo con la integración obligatoria de los conscriptos campesinos y toman un carácter potencialmente antagónico con la inclusión de los soldados obreros. Por ello, no adoptamos respecto de las Fuerzas Armadas una actitud esquemática, simplista, de rechazo global e indiscriminado de esa institución, porque ello equivaldría a situarla por encima de las clases y no como expresión de la distinta colocación de ellas respecto del poder.

La contradicción interna fundamental no se da, pues, entre militares y civiles, sino entre la burguesía proimperialista y el proletariado. Consecuentemente con este pensamiento, nuestra conducta se orienta a discriminar entre los sectores fascistas, reaccionarios, democráticos o progresistas de las Fuerzas Armadas, atendiendo substancialmente al condicionamiento de clase de sus niveles jerárquicos y a la necesidad de esclarecer la conciencia social y patriótica de los sectores democráticos y progresistas, estimulando su acción renovadora interna.

El carácter histórico de la revolución social en marcha (revolución proletariada para la construcción del socialismo) y las características de nuestra estructura social (mayoría campesina propietaria, como consecuencia del carácter pequeño burgués de la reforma agraria y del lento proceso de proletarización de la masa agraria determinado por el escaso desa-

rrollo de las relaciones capitalistas de producción agropecuaria), determinan la condición esencial, aunque no excluyentemente obrera de la lucha de emancipación. Consecuentemente, el campesinado debe formar parte activa de la base social revolucionaria, porque, aunque sin su concurso, el proletariado podrá tomar el poder, sin su participación no podrá consolidarse la revolución. A su vez, el contenido de clase de las fuerzas revolucionarias fundamentales, condiciona la localización principal no rural de la lucha (centros de gran concentración obrera), el método principal de ella (la vía insurreccional armada que es el tipo de acción incorporada a la experiencia de lucha de la clase trabajadora y la única a su alcance), y, obedeciendo al carácter propio de este tipo de acción, determina también la relativa brevedad del desarrollo y culminación de la lucha revolucionaria insurreccional.

Todo esto nos coloca frente a la necesidad imperiosa de crear las condiciones para una alteración de la correlación de fuerzas en favor de la clase trabajadora, requisito sin el cual el planteamiento insurreccional se convierte en una aventura o en una provocación que debemos rechazar. Parte de esas condiciones indispensables a la modificación de la correlación de fuerzas es no solamente la determinación de un programa de lucha que exprese los intereses de las clases oprimidas aliadas, sino la agudización de las contradicciones internas que se dan en las Fuerzas Armadas. Es de esta agudización que debe resultar la diferenciación de un sector revolucionario aliado de las fuerzas populares, o, cuando menos, un sector progresista que neutralice parcialmente la acción represiva del conjunto.

La victoria popular pasa, necesariamente, por el deterioro y la fractura de la unidad reaccionaria castrera. Pero el aislamiento de una parte de las Fuerzas Armadas en las filas de la revolución o, al menos, su neutralización, no sólo serán resultado del enfrentamiento mismo, sino la consecuencia de una división ideológica y política derivada de un lento y perseverante trabajo de esclarecimiento de la conciencia patriótica, democrática y popular de los sectores más avanzados de las Fuerzas Armadas. El desafío al enfrentamiento con las Fuerzas Armadas, consideradas erróneamente como unidad social y política, es una provocación que sólo contribuye a unir las emocional e ideológicamente en el sentido de una mayor dependencia del imperialismo.

GOLPES REGRESIVOS Y PROGRESISTAS

Expuesto como ha sido nuestro pensamiento sobre las Fuerzas Armadas, en relación con el proceso revolucionario, nos corresponde analizar la eventualidad de un golpe próximo. Comenzamos por consignar que cuando en Bolivia se habla de golpe, en esta coyuntura se está pensando en la única organización armada con capacidad subversiva inmediata, en razón de constituir, al mismo tiempo, factor interno de poder preponderante. Así, por el golpe que se prevé o se busca hay que entender un golpe militar contra un gobierno substancialmente militar.

Al respecto y al mismo tiempo que descartar por subjetiva toda apreciación abstracta del problema, como es el juzgamiento de una eventualidad golpista que sobrevenga o se provoque desligada de las condiciones en las que se produzca, comenzamos por salir al paso de una idea que cada día penetra más en las filas de la izquierda. Nos referimos a la creencia de que todo golpe provocaría una crisis política y, de este modo, contribuiría al deterioro del régimen fascista. Esta es una afirmación infundada y revela en sus sostenedores una deficiente formación teórica o un ánimo doblegado por el rigor de la represión. Por el contrario, todo golpe suele ser consecuencia y no causa de una crisis política. Es, por tanto, no el principio de una contradicción interna, sino la manera como se resuelve la contradicción principal para restablecer el equilibrio de los distintos factores de poder en pugna. De este modo, los golpes militares contra un gobierno militar, cuando éstos revisten el carácter de pronunciamiento institucionales y no son fruto de la acción audaz y violenta de una fracción uniformada apoyada en una situación política general de la que se hace eco a nicastrose, suelen ser la manera de superar el deterioro político sustituyendo al desgastado equipo de gobierno por otro que renueve y consolida el predominio institucional.

Pero sería un error igualmente grueso sostener lo



contrario, es decir que todo golpe fuese negativo, sin excepción alguna. Los golpes no son ni malos ni buenos en sí mismo. Interesan sus efectos políticos concretos y la no intencionalidad de sus ejecutores; y los efectos no dependen de la buena voluntad del presidente de turno sino de la situación objetiva en que se desarrolla el golpe, la misma que condiciona la orientación del nuevo régimen.

Uno de los golpes militares de que se habla con más frecuencia es aquel que resultaría de las contradicciones internas agudizadas en el seno de la estructura de poder oligárquico - gorila y en relación con el cual las fuerzas revolucionarias y las organizaciones de masas no tienen participación alguna, con excepción de la oposición consentida.

Fracasado su postrer intento de institucionalización impune de la dictadura burguesa o de constitucionalización del poder burgués, el imperialismo busca prolongar la agonía histórica de su clase agente acudiendo a desesperadas maniobras que van desde la radicalización derechista impuesta a sangre y fuego, hasta la simulación democratizante, desmovilizadora y contrainsurreccional.

No importa la variante que se elija. Lo que sí importa es esclarecer en la conciencia de las masas que cualquiera de ellas sirve al mismo propósito de prolongación de fuerza o burocrática de un sistema de explotación social y nacional históricamente agotada y, por tanto, condenado al fracaso. Lo que sí interesa es que el pueblo esté preparado para resistir y vencer la represión masiva, o para rechazar la ilusión democratizante con que se intentará someterlo sangrientamente o desmovilizarlo políticamente. Pero también importa y en la misma medida evitar que las masas caigan en otra ilusión, en la ilusión de una victoria inminente o fácil. Lo primero puede llevar al aplastamiento y a la desarticulación del movimiento obrero, o a la división de las filas populares. Lo segundo puede conducir a la impaciencia y a la aventura provocadora y consolidadora del régimen. En ambos casos, el resultado no sería otro que una postergación de la victoria popular y nacional

(*) N. R. - El presente artículo es un extracto de un extenso análisis efectuado por el autor. Adoptado como documento oficial por el Partido Socialista-Uno (PS-1), el ensayo es un valioso aporte a la teoría del golpe.